

lencio por sus mejillas. Puso la mano sobre el corazón de su hija, y levantándola luego al cielo, exclamó con voz terrible:

—¡Hija mia, Dios te vengará!

Y cayó de nuevo en su sillón.

Le llamaron, quisieron llevárselo para alejarle de aquel cuadro de desolación; pero no contestó ni hizo el más pequeño movimiento: el dolor le había producido un fulminante ataque de parálisis.

Así murió Margarita. Al día siguiente muy temprano se trasladó su cadáver á la granja para enterrarle á orillas del estanque. Algunos pobres campesinos de la vecindad formaban el cortejo, á la cabeza del cual iba el capitán Samuel con la cabeza alta y la mirada fija en el cielo, como si librarse su último combate. Detrás del capitán marchaba un hombre llorando y estrujando entre sus manos con una especie de furor su gorro de lana.

El capitán le miró y dijo:

—¿Lloras, Gargani?

—Sí, capitán; lloro y lloraré toda mi vida por esa pobre niña asesinada por un infame. Debísteis romperle la cabeza cuando le teníais bajo vuestras manos.

—Calla, —replicó gravemente Samuel; — yo haré lo que debo hacer.

Cuando el cortejo llegó al bosquecillo de la

granja, el guarda-bosque bajó el ataúd á la hueca abierta al pié del sauce.

Cada uno de los concurrentes echó sobre la caja un puñado de tierra. En tanto, el antiguo corsario, de pié é inmóvil, con los ojos alzados al cielo y los brazos cruzados sobre su pecho, dirigía mentalmente una ferviente oración al Dios de justicia. Cuando hubo terminado su plegaria, arrojó también á la fosa un puñado de tierra, y luego, extendiendo la mano derecha sobre aquella tumba que encerraba su amor, repitió con voz firme la imprecación del padre de Margarita:

—¡Dios te vengará!

XLVI.

Desde aquel momento el capitán solo tuvo una idea fija, un pensamiento constante.

Un día hizo bruscamente su maleta, cerró su cuarto y entregando la llave á la criada, dijo:

—Mañana me marchó. Si no he vuelto dentro de una semana, entrega esta llave á Calvé, que encontrará en mi pupitre un pliego con sobre á su nombre.

A la mañana siguiente tomó la diligencia de

Rochefort, sin llenar la formalidad legal del pasaporte, por temor de que se trasluciese el secreto de su viaje, y llegó á París con el mismo misterio y sin haberse apeado del coche en todo el camino.

Eran las diez de la mañana cuando llamaba á la puerta de una elegante habitacion en la calle de Taitbout. Un criado con bigotes y librea encarnada apareció ante él.

—¿Emiliano Sabran?—preguntó Samuel.

—El señor está durmiendo,—respondió el criado;—volved al medio dia.

El capitan volvió al medio dia.

—El señor está con su peluquero,—dijo el criado;—esperad un momento.

El momento de espera se convirtió en una hora; pero al cabo, el de la librea encarnada dijo al capitan, indicándole la puerta de un gabinete:—Podeis entrar.

Emiliano Sabran, con los cabellos perfumados y rizados, estaba medio tendido en un sofá, envuelto en su bata, y tenia en la mano un periódico de modas, cuyos figurines miraba con complacencia.

La aparicion inesperada del capitan le produjo un estremecimiento nervioso; pero recobrando instantáneamente su serenidad, indicó un sillón á su rival.

—Sentaos,—dijo.

—Prefiero permanecer en pié,—respondió el capitan.

Y con el grave acento del juez que pronuncia una sentencia, añadió:

—Margarita ha muerto.

—Ya lo sé,—respondió con negligencia Emiliano.

—Ha muerto asesinada por vos.

—Dispensad; yo no he sido su médico.

—Por consiguiente,—añadió Samuel despreciando el chiste del jóven,—uno de nosotros está demás en el mundo.

—¡Oh! Hablad por vos, caballero: yo me encuentro bien en él y no quiero dejarlo.

—Elegid las armas, el sitio y la hora.

—Llegais demasiado tarde: ayer hubiera podido aceptar vuestra proposicion; pero hoy debo dar ejemplo de respeto á la ley.

—¡Sois un cobarde!—exclamó el capitan.

—Soy un magistrado,—respondió el jóven.

En efecto, Emiliano acababa de recibir el nombramiento de sustituto de procurador del rey en un partido judicial.

—Os aconsejo, pues, caritativamente,—repuso el jóven,—que renunciéis á vuestra idea: la policia está muy bien montada en París.

Y alargando la mano hácia la chimenea, tiró del cordón de la campanilla.

Apareció el de la librea encarnada.

—Acompaña al señor,—dijo Emiliano.

El capitán dió un paso adelante; pero se detuvo, y dejando caer sobre el jóven una mirada fría como el destino, dijo:

—Necesito reflexionar todavía.

Y salió.

Emiliano, valiéndose de su título de funcionario público, dirigió inmediatamente una denuncia contra Samuel, por tentativa de atropello contra su persona, y á la mañana siguiente, cuando el capitán aún estaba durmiendo, un desconocido vestido de negro entró en su cuarto y le invitó á seguirle á casa del comisario de policía. El comisario le interrogó, y Samuel respondió la verdad.

—Este es un conspirador,—pensó el comisario.

Y le envió escoltado á la prefectura, desde la cual pasó á la Conserjería. Estuvo un mes incomunicado, y al fin el juez de instrucción, despues de haber examinado maduramente el proceso, le mandó poner en libertad; pero como el capitán no tenía pasaporte ni papeles que demostrasen su identidad, fué conducido á su domicilio por tránsito de justicia y tuvo la humillación de llegar á Royan acompañado de un gendarme.

En tanto, una nueva tempestad había estallado sobre la casa del escribano.

El pagaré firmado á favor de Goupilleau había

cumplido, y el acreedor, perdida ya la esperanza de casarse con Margarita, entabló demanda judicial y obtuvo del tribunal un auto de embargo y ejecución.

El pobre viejo y su mujer fueron, pues, arrojados de su casa. El escribano no podía andar, y fué preciso trasladarle en una camilla. El desgraciado volvía la cabeza é indicaba con la mano que quería besar por última vez aquellos muros, aquellos árboles que iba á abandonar para siempre; un gemido ronco salía de su pecho; pero uno de los portadores, impacientado ya, le echó un pañuelo sobre el rostro, y el pobre hombre tuvo que guardar silencio. Así fué como salió de su casa, seguido de su mujer y del perro Tamboril.

Condujéronle á casa de Goupilleau, como su pariente más próximo; pero el carnicero cerró su puerta al hombre á quien acababa de dejar en la miseria, y un vecino caritativo tuvo que recojer provisionalmente lo que quedaba de la familia Broutet.

XLVII.

El capitán Samuel volvió poco después á Royan; en seguida rescató la casa del escribano y la parte del mobiliario que quisieron cederle á doble precio, y reinstaló al viejo en su hogar. Aquel pobre espíritu trastornado volvió á entrar en su casa sin dar la menor muestra de satisfacción ni de reconocimiento, como si jamás hubiera salido de ella: solamente al ver su violon sonrió por última vez.

Vivió todavía un año. Veíasele todas las tardes sentado en un banco de piedra, inmóvil como un espectro y con la cabeza caída sobre su pecho.

Lloraba mentalmente á su hija y llamaba á su vez la muerte. Una mañana, cuando su mujer fué á despertarle, le encontró tendido en el lecho, con el cuerpo ya rígido y el rostro vuelto hácia la almohada. Dios había desatado en silencio, durante el sueño del viejo, el último anillo de la cadena que aún retenía aquella vida tan cruelmente probada en este valle de miseria.

Desde su regreso, el capitán vivía retirado en sí mismo, envolviendo hasta las flores de su jardín en su ódio á la humanidad.

Con el tiempo, y mediante una especie de justicia retroactiva, la memoria de Margarita había concluido por despertar en la opinión un sentimiento de dolorosa simpatía. Su muerte había rescatado su debilidad, y esta reparación tardía, esta limosna del alma, reflejaba sobre el capitán Samuel, que había asistido á la pobre Margarita hasta la tumba y que iba frecuentemente á hacer una visita al cementerio de la granja.

Pero cuando el capitán supo la muerte del escribano, dijo:

—No puedo permanecer aquí.

Volvió á encargarse del mando de la goleta, tomó un cargamento de vino de Pauillac y aparejó para San Petersburgo. La vida del marino acabó por distraer su pensamiento, y como decía en su lenguaje calvinista, el tiempo rompió la espada de su cólera.

Desgraciadamente, cuando volvió á Royan, leyó en la puerta del juzgado el anuncio del matrimonio de Emiliano con Isabel. Emiliano llevaba en el edicto el título de procurador del rey.

En efecto, preparábase el castillo de Chaillevette para la ceremonia del matrimonio, pues Emiliano quería eclipsar con su lujo las bodas más ilustres de que se conservaba memoria en el país.

Llegó el día fijado para la boda; en tanto que

Gargani echaba á vuelo las campanas de la iglesia y que los aldeanos bailaban en el patio del castillo al son de los violones, el capitán salió de su casa y se reunió en el muelle con la tripulación de su goleta. Todos los años, en época semejante, tenía costumbre de darla un almuerzo á bordo.

—Puesto que allá arriba se divierten,—dijo mostrando la colina de Chaillevette,—divirtámonos también y vaciemos juntos una botella, con tanto más motivo, cuanto que hoy es el aniversario de nuestro combate con la corbeta inglesa; ¿te acuerdas, Calvé?

—Ya lo creo; como que ese día recibí en el vientre una bala, que aún permanece dentro. Poco después saltásteis la tapa de los sesos al piloto provenzal, que se había escondido como un cobarde debajo del cabestrante..... ¡Tuvo lo que merecía!

El capitán frunció el entrecejo y respondió:
—¡La sangre pide sangre!

XLVIII.

La canoa vino á buscar la tripulación, que encontró sobre cubierta una mesa ricamente servida, é hizo honor á la comida con ese robusto apetito

de los marinos. Solo Samuel no comía, y Calvé, sentado á su lado, le dijo:

—¿Qué teneis, capitán, que no comeis ni bebeis?

—Pienso en una cosa; pero no hablemos de ella,—respondió Samuel.

—Pues no hablemos,—repuso Calvé.

Y levantando su vaso, añadió:

—¡A la salud del capitán Samuel Membrard!

Los marineros levantaron sus sombreros, y bebieron á la salud del capitán.

—Gracias, mis viejos amigos,—respondió Samuel.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—¿Es verdad que teneis al capitán Samuel por un valiente incapaz de faltar á su palabra?

—El que lo dudase,—respondió Calvé,—haría bien en no ponerse delante de nosotros.

—¿No es verdad,—prosiguió el capitán,—que, suceda lo que quiera, vendreis esta noche, como dentro de veinte años si aún viviésteis, á estrechar esta mano, que estrechó el emperador?

Y les tendió la diestra, que cada uno de los marineros estrechó con efusión.

Luego se retiró á la proa con Calvé, y sacando la tabaquera, que había pertenecido al emperador, la puso en la mano del contramaestre, diciendo:

—Guárdala.

—No la rehuso,—respondió Calvé;—pero ese

es un objeto que deberíais conservar hasta la muerte.

—Tienes razon,—repuso el capitán, volviendo á tomar la tabaquera.

Y despues de mirar por última vez el águila grabada en la tapa, alargó la mano por encima de la borda y dejó caer la tabaquera al mar.

—Tú eres un hombre de corazon,—dijo á Calvé;—pero hay en el mundo muchos cobardes, y despues de tu muerte esta reliquia podria caer en manos infames, en tanto que ahora, bajo veinte brazas de agua, jamás podrá mancharla su contacto.

El contramaestre comprendió que su capitán tenia algun proyecto; pero le respetaba demasiado para atreverse á interrogarle.

—Seguid bebiendo,—dijo Samuel volviéndose á los tripulantes;—yo tengo que hacer en tierra una diligencia y volveré á la noche.

En el momento en que bajaba á la canoa, Calvé le dijo:

—Capitán, si es que vais á dar un golpe, yo soy vuestro á muerte y á vida.

—No conserves á bordo más que un marinero,—respondió el corsario;—apareja dentro de una hora y espérame bordeando.

Samuel se alejó del buque, saltó á tierra, atravesó rápidamente á Royan y se dirigió al castillo

de Chaillevette, á donde llegó en ménos de una hora.

Emiliano habia hecho disponer una mesa para cuarenta cubiertos, bajo una tienda levantada en el terrado: los pilares estaban enlazados por guirnaldas de flores, que ocultaban en parte á los convidados; los músicos, situados en un bosquecillo, tocaban piezas de ópera, y los campesinos de las cercanías, atraídos por la curiosidad, circulaban por el jardín.

El juez de paz presidia la comida; frente á él, Emiliano gozaba tranquilamente de su triunfo, é Isabel se mostraba radiante de felicidad. El capitán la encontró bella con su velo de desposada; pero aquel velo le recordó á Margarita en su lecho de muerte.

Al llegar los postres, un convidado elocuente, abogado de las cercanías, dirigió un discurso de felicitacion á los recién casados. Una multitud rodeó la tienda para oír los brindis: Samuel se deslizó entre los concurrentes y fué á colocarse detrás de Emiliano.

El novio debia corresponder á la cortesía y se levantó para contestar; pero en aquel momento una mano se posó sobre su hombro.

—Venid,—le dijo en voz baja el capitán;—traigo dos pistolas, una para vos, otra para mí.

—Detened á ese hombre,—exclamó Emiliano.

—Por última vez, venid,—repitió Samuel.

—Arrojad á ese hombre,—repuso Emiliano.

—Como queráis,—añadió el capitán.

Y sacando una pistola, hizo fuego á boca de jarro.

Emiliano cayó de espaldas sobre su esposa.

Un grito de horror contestó á la explosion; el juez de paz, trémulo de espanto, desapareció debajo de la mesa.

—¡Silencio!—exclamó el capitán con voz potente;—¡esta es la venganza de Dios!

Paseó una mirada tranquila por los concurrentes, arrojó sobre la mesa la pistola humeante, y atravesando la multitud, bajó la escalera del terrado, donde encontró á Gargani.

—¡Detened al asesino!—dijo una voz al guardabosque.

Gargani se quitó silenciosamente el sombrero y saludó al capitán, que una vez fuera del castillo, apretó el paso y llegó á Royan por un atajo. La goleta le esperaba bordeando.

—Esto es hecho,—dijo á Calvé saltando á bordo;—ahora salta á tierra y llévate á ese marinero.

—¿Vais á gobernar solo el buque?

—Sí; adios, Calvé.

—Hasta más ver, capitán.

Pero deteniéndose un momento, añadió:

—Mejor quisiera quedarme.

—¿Quieres negarme el último favor?—exclamó severamente el capitán.

Calvé había profesado toda su vida el dogma de la obediencia, y saltó á tierra con el marinero.

En seguida subió á la roca de Foucillon, y vió á la goleta ganar la alta mar, viento en popa, exponiéndose á dar en la roca de Cardouan. Muy pronto no fué más que un punto blanco, casi imperceptible en la bruma del crepúsculo, y al fin desapareció en el horizonte.

Desde aquel día, ni él ni nadie ha oído hablar de la goleta ni de su capitán.

El timonel de un buque americano que entró aquella noche en el río creyó haber visto á lo lejos, una hora antes del alba, un resplandor rojizo sobre la línea del horizonte. ¿Era un meteoro? ¿Era un incendio?

Lo ignoraba; cuando llamó al marinero de guardia para hacer constar el hecho, todo había concluido, y las purpúreas luces de la aurora empezaban á inundar el espacio.

Emiliano Sabran no murió de la herida. Algun tiempo despues subió á la tribuna del ministerio público para representar á la ley en una causa de violacion, y su elocuencia fué tal, que el juzgado negó al culpable el beneficio de las circunstancias atenuantes.

Mucho tiempo despues de la muerte de Margarita, Mme. Melania hilaba por las noches su rueca en el rincon de la cocina. A veces, cuando silbaba el viento, alzaba la cabeza, y con esa expresion estúpida de un pensamiento que no comprende y trata de comprender, miraba su sombra dibujada en la pared; luego dejaba caer sobre el pecho su arrugado rostro, y continuaba dando vueltas al huso.

XLIX.

Así murió Margarita: la yerba crece sobre su sepulcro, y se ha olvidado hasta su recuerdo.

En tanto, Royan continuaba prosperando: los bañistas aumentaban todos los años, y fué preciso ensanchar el pueblo para que pudiese encerrar aquella invasion.

Una nueva calle surgió del suelo, llegóse á edificar en la colina de Chay, y en tanto, el centinela avanzado de la villa contemplaba con despecho su crecimiento y trataba de limitar su ambicion.

Este centinela era el fuerte de Royan, construido en tiempo de la república para cerrar á los ingleses la entrada del Gironda, y que capituló al

primer cañonazo cuando Wellington ocupó á Burdeos. Estaba ya arruinado, sepultado bajo un sudario de yerbas y hortigas, que dejaba ver aquí y allá algun cañon viejo y mohoso, y los conejos eran sus únicos habitantes. El mulato Bellamy formaba su guarnicion, y jamás penetraba en él, porque llevaba calzon corto y tenia miedo á las culebras.

Murió el mulato, y un dia, mucho tiempo despues, vióse salir de aquel fuerte relegado al olvido á un hombre vestido de azul con tira roja en el pantalon. Parecia contar sus pasos, como el testigo que mide la distancia en un duelo, y así contó hasta doscientos: allí se detuvo y plantó en la tierra un poste con esta inscripcion: primera zona militar.

Terminada la operacion, continuó su camino midiendo próximamente un metro en cada paso: á una distancia igual plantó el segundo poste, segunda zona militar, y prosiguiendo su excursion geométrica hasta el nuevo recinto de Royan, marcó con otro poste la tercera zona. Luego entró en el fuerte con aire de conquistador.

Aquella maniobra misteriosa significaba: en la primera zona, prohibicion absoluta de construir; en la segunda, permiso para construir con prohibicion de abrir pozos ni cuevas; en la tercera, licencia para una cosa y otra, sin derecho á indem-

nización en el caso de que la defensa del fuerte hiciera necesario que se cegasen.

Esto detuvo un momento el movimiento expansivo de Royan. Sin embargo, el espíritu de edificación no se dió por vencido, y dando un salto de un kilómetro, trató de colonizar al arenal de Pontaillac.

Era este arenal un Sahara en miniatura, barrido por el viento del Oeste, y hollado solamente de vez en cuando por algun pilluelo escapado de la escuela que iba á gozar de la libertad dando cabriolas.

Si algun terreno podia pertenecer en pleno derecho al primer ocupante, era indudablemente aquel arenal, pues para tener la idea de ocuparle era preciso estar dominado por la locura de la propiedad. Pero la necesidad carece de ley, y un aventurero, el panadero Gilberto, trató de aprovechar el arenal, casi con la persuasion de que construir sobre arena es construir en el aire.

Edificó una casa, y la casa permaneció en pié; plantó un jardin, puso una huerta, y el arenal dió flores y frutos.

Cuando su iniciativa hubo demostrado que el arenal, con riego suficiente, daba una vegetacion satisfactoria, la manía de edificar en él dominó á los royaneses de tal manera, que se hubiera podido creer que una nueva ley agraria llamaba á

la propiedad á la parte de Israel olvidada en el reparto.

Habia entonces en Royan un recaudador de contribuciones, llamado Capedevielle, que habia conocido la revolucion, el imperio y la restauracion, aprendiendo de todo ello la doctrina optimista de *dejar hacer*.

No ignoraba, sin duda, que el arenal pertenecia al Estado; pero el Estado, ¿á quién pertenecia? Perteneciendo al propietario, debia tener interés en beneficiar el arenal, puesto que podia sacarle la contribucion.

Contemplaba, pues, nuestro recaudador con serena mirada aquella revolucion agraria, y dejaba hacer, con tanta más razon, cuanto que prestaba dinero á interés y temia descontentar á su clientela.

Pero á su muerte, el gobierno envió para sucederle un jóven elegante que sabia perfectamente su oficio y no ignoraba que, en virtud de una ley de la república, si descubria un dominio usurpado al Estado, tenia derecho á la décima parte de su valor.

Acercándose, pues, á uno cualquiera de los que habian colonizado el arenal, le pidió sus títulos de propiedad. Los títulos no existian, y entonces requirió á todo propietario intruso para que abandonase lo que creia su propiedad, ó bien

para que satisficiera al Estado el valor del sitio que ocupaba.

Pero ¿qué valor era este? ¿El valor primitivo del arenal, nulo en realidad? No; el Estado no es tan tonto: el valor adquirido por el arenal gracias al cultivo. Sin embargo, hubo una transacción y se hizo una rebaja.

Cada cual pagó, pues, de buen grado, y desde entonces pudo dormir en paz: había satisfecho el principio social de lo tuyo y lo mío, según el cual solo se adquiere por compra ó por cambio.

L.

Los bañistas continuaban afluyendo á Royan; pero si tenían buenos baños, necesitaban un paseo. ¿Dónde encontrarle? La campiña no tiene nada de poética, y bien pronto se agotaron los tres ó cuatro bosquecillos que podían dar sombra á una comida de campo ó á un capítulo de novela en acción.

Los bañistas se pusieron en busca de un paseo, y para librarse del calor, se dirigieron hácia el Norte, con ese instinto que guía á las aves de paso. Por aquel lado debía encontrar al Poniente

la costa, y al Levante la ría de la Seudre, y digo la ría por rutina, porque hoy es simplemente la Seudre, sin profesión. Después de haber llevado toda la vida el nombre de ría, lo ha perdido de pronto por auto judicial.

¿Es una ría? El mapa dice sí; pero el Instituto dice no, y durante este debate ella sigue corriendo.

A juzgar por su anchura al unirse al mar, se le podría llamar un río; pero teniendo en cuenta lo corto de su curso se le llama simplemente ría, y de tal manera tomaba el Estado en serio este título, que levantaba sobre los buques un derecho de entrada.

Y sin embargo, dominado por un tardío escrúpulo de conciencia, el Estado tuvo un día el capricho de enjuiciar á la Seudre ante el tribunal de Marennes por usurpación de estado civil.

El tribunal, llamado á hacer un mar de una ría, encontró la operación superior á su sabiduría, y remitió la solución del problema al arbitraje de un miembro del Instituto.

Poco tiempo después, una mañana llegó á Marennes, en silla de posta, un señor condecorado, enguantado, sonriente y fresco como la primavera. Empezó por almorzar con muy buen apetito, y habiéndole servido un pescado, preguntó:

—¿Qué es esto?

—Un rodaballo.

—¡Un rodaballo! ¿Y dónde lo han cogido?

—En la Seudre.

—Está bien,—repuso con un aire de satisfacción, que quería decir: "Ya está resuelto el problema."

Sin embargo, después de almorzar fué á hacer una visita á la Seudre. Se acercó al agua con la solemnidad del hombre que sabe tanto como el Creador respecto al globo terrestre, se quitó gravemente el guante de la mano derecha, metió el dedo en el agua, lo llevó á la boca é hizo un gesto de repugnancia.

—¡Esto es agua del mar!—murmuró.

Y su hipótesis era tanto más probable, cuanto que aquel agua producía sal marina.

En conformidad con la opinión del académico, la Seudre dejó de ser ría para convertirse en un brazo de mar; pero como todo cambio tiene sus consecuencias, las de éste se produjeron con una lógica fatal.

Cuando Ducós tomó la cartera de Marina, puso en vigor la ordenanza de Colbert, según la cual nadie puede navegar si no es marino, y nadie es marino si no está inscrito en las matrículas de mar.

Pero la matrícula tiene la ligera desventaja de que hace al Estado dueño del hombre hasta los cincuenta años: podrá cedérselo al comercio en

tiempo de paz; pero en tiempo de guerra le recobra, convenga ó no al marino este cambio de ocupación.

La Seudre atraviesa una comarca rica y separa una población numerosa, cuya circunstancia hace que se la atravesase con frecuencia, y que todos, ó casi todos los habitantes de sus villas posean una lancha ó un bote.

Nadie podía presumir que llegase un día en que el paso en una embarcación cualquiera fuese un delito; pero el día llegó, sin embargo, y al poner el pié en la orilla, el delincuente encontró un gendarme que le dijo:

—Veo que navegais.

—Sí señor.

—¿Y sois marino?

—Lo necesario para gobernar un bote.

—Veamos vuestro certificado.

—¿Qué certificado?

—El certificado de inscripción en las matrículas de mar.

El certificado no existía; consecuencia: citación ante la autoridad marítima, multa por la primera vez y prisión por la reincidencia. En adelante, el que quisiera pasar de una orilla á otra de la Seudre, tenía que tomar á bordo un marino auténtico y verdadero, es decir, un marino matriculado.

Sin embargo, la juventud aristocrática del país, que poseía lanchas y era aficionada á la pesca, encontraba duro renunciar á ese placer favorito por causa de la matrícula, y despues de pensarlo mucho, acabó por someterse á ella.

—La matrícula no es más que una formalidad, —decía un jóven aristócrata del país á uno de sus amigos;—aunque inscribamos nuestros nombres en el libro del registro, nada arriesgamos, pues ni mi hermano, que es miembro del Consejo general, ni tu primo, que pertence al Cuerpo legislativo, permitirían que un comisario de marina nos encajara la blusa encarnada y nos convirtiese en gavieros, aun en el caso de que estallase una guerra marítima.

Y con el aturdimiento de la juventud y la confianza de la aristocracia de campanario, sentaron sus nombres en el registro de la matrícula.

Poco despues estalló la guerra de Crimea, y los dos, arrebatados por la ley, salieron para el mar Negro. Ninguno volvió: el uno murió del cólera, el otro de un balazo..... La matrícula de mar les habia aplicado concienzudamente el principio de la igualdad.

LI.

Pero no era en las orillas de la Seudre donde el bañista podia encontrar poesía, porque sus alrededores, compuestos de pantanos salitrosos, forman, por el contrario, el paisaje más á propósito para llevar al hombre á la hidrofobia.

Cuando el sol cae á plomo sobre aquella llanura, el suelo parece fundirse en vapores, y el espejismo que sobre él flota produce verdaderos vértigos: es el lugar más á propósito para un suicidio.

Así, pues, un bañista, que tiene grandes deseos de vivir, como lo prueba el hecho de que sumerje una vez al dia su cuerpo en el Océano para prolongar su existencia, nada puede encontrar agradable en las márgenes de la Seudre, y volviendo sobre sus pasos, se aleja rápidamente de allí, á no ser que quiera ver algo más hermoso que el mejor paisaje; es decir, una buena accion.

Cerca de la aldea de Avallon, sobre una altura que domina el curso del rio, se ve uno de esos edificios especiales que en el siglo último eran el término medio entre la casa y el castillo y que representaban la clase media enriquecida por el comercio.